Verídica y maravillosa historia

Madrid

[1894?]

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCl00041.21

Control Number: ADT-1340
OCLC Number : 29665291
Call Number : W 381.568 H629 v.1 VERI
Title : Verídica y maravillosa historia de las célebres aventuras de Anselmo Collet, ó sea, El doctor de la ciencia de la estafa.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1894?]
Format : 32 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Historia de las célebres aventuras de Anselmo Collet.
Note : Title vignette.
Subject : Collet, Anselmo.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/27/94
Camera Operator: AR

(CUATRO PLIEGOS.)



VERÍDICA Y MARAVILLOSA HISTORIA

DE LAS CÉLEBRES AVENTURAS

DE ANSELMO COLLET,

Ó SEA

EL DOCTOR DE LA CIENCIA DE LA ESTAFA.



MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD.

HISTORIA

DE LAS CÉLEBRES AVENTURAS

DE ANSELMO COLLET.

CAPITULO PRIMERO.

Origen, carácter y educacion del héroe de esta verídica historia.—Primeros hechos que justifican su reputacion de hombre astuto.—Es admitido en clase de educando en el convento de San Lázaro, en Florencia.—Su entrada en la carrera de las armas.

Daremos principio á la historia de nuestro héroe, relatando en pocas palabras algunos pormenores de su infancia. Nació el 10 de Abril de 1785. Su cuna fué Belley, pueblo situado en el departamento del Ain. Apenas contaba ocho años, cuando á consecuencia del sistema de terror que dominaba en Francia, el padre de Collet, artesano que tenia algunos intereses, determinó alistarse en el batallon de voluntarios de su pueblo, y al poco tiempo obtuvo la graduacion de capitan y despues la de jefe del batallon, con cuyo grado murió en el sitio de Montone. El jóven Anselmo (tal era el nombre de nuestro héroe), quedó huérfano de padre, al cuidado de su madre, cuyos recursos para en adelante debian de ser algo escasos, y así fué enviado á casa de su abuelo para que este se encargara de su educacion. Débil el anciano y astuto el niño, más de una vez se vió perplejo el pobre abuelo sin saber de qué medio valerse para cortar en su principio las contínuas travesuras de su endiablado nietecito.

—Amigo mio, le dijo un dia el general D... que vivia cerca de su casa, de poco os apurais. Oid un consejo y de fijo que os surtirá efecto: acariciad con una baqueta de fusil las espaldas de vuestro revoltoso nieto, y ya sabreis decirme el resultado. El viejo siguió el consejo de su amigo; pero Collet que lo habia oido dar, guardó en su corazon el deseo de la venganza; y se vengó. Al dia siguiente salió en busca de todas cuantas nodrizas pudo encontrar cerca de Belley; las decia que iba de parte de la generala D... que efectivamente se hallaba en cinta, y ya bastante adelantada. El primer dia encontró nueve, y las citó para que se presentaran el domingo próximo á las doce en punto en casa del general. Muchas fueron las nodrizas que reclutó el niño Anselmo durante los cinco dias que empleó en sus diligencias, y á todas encargó que se presentaran el mismo dia, á la misma hora y en el mismo sitio. La idea de ser nodriza de un

hijo de general tenia la cabeza trastornada á aquellas pobres mujeres que con grande ansiedad aguardaban el dichoso domingo. Todas procuraban contentar al tierno emisario; unas le regalaban dulces, otras juguetes, de modo que el revoltoso niño hizo su gusto. Pero esta burla no satisfacia del todo la venganza de Anselmo, y para que esta fuese completa, se presentó el sábado por la tarde al mejor pastelero de la ciudad, y le dijo: que iba de parte del general D... para que le tuviese preparados para la mañana del dia siguiente quince docenas de pastelillos y otras tantas de bizcochos.

No dudó un momento el pastelero de la verdad de cuanto acababa de decirle el jóven Collet, pues sabia que su familia era amiga y vecina de la del general; de modo, que poniendo un par de bollos en manos del travieso chico, mandó á todos los dependientes de la casa que pusieran mano á la obra. Como la cantidad del pedido era algo crecida, tuvieron que velar toda la noche; pero al dia siguiente por la mañana estaba ya concluido.

Llegó por fin el domingo, dieron las doce, y una nube de nodrizas se vió asaltar por todas partes la casa del general. A los pocos momentos toda ella estuvo llena: corral, patio, antesalas, salones... por todas partes, solo se veian nodrizas. Al ver un espectáculo de especie tan rara, todos los vecinos se asomaban á los balcones y ventanas, y se preguntaban los unos á los otros, si el general tendria la comision de formar algun nuevo regimiento de Amazonas, cuyo destino, diferente del que tuvieron sus antepasadas, fuera la propagacion de los héroes que se batian entonces en Italia y en Alemania. Loco estaba el general de oir tantos gritos, tantas súplicas, tantas solicitudes, todos á la vez y en todos los tonos que encierra el pentágrama. En medio de aquella confusion se oyó una voz atronadora que hizo calmar por un momento los desaforados gritos de aquella jauría de mujeres. «Fuera, repitió la voz: abrid paso,» y al momento dividiéndose en dos partes aquel mar mujeril, dejó sitio para que pasara el pastelero con sus aprendices que llevaban al general las quince docenas de pastelillos y otras tantas de bizcochos. Figúrese el lector con qué ojos no fueron contemplados por la turba femenina aquellos incitantes frutos del arte de repostería.

La presencia de esta nueva comitiva hace dudar al general de si está durmiendo ó despierto, y creyéndose ya juguete de alguna pesada burla, arroja á puntapiés á los aprendices del pastelero. Mas no era este argumento para poderse emplear tambien con las nodrizas, de modo que no sabia el buen hombre qué partido tomar. Fuera de sí, juraba y perjuraba que romperia los huesos al autor de la burla, pero los juramentos y los perjuros de nada servian. Las nodrizas estaban siempre *erre* que *erre*, y ya en situacion tan crítica no le quedaba al pobre general otro medio más que transijir. Mandó, pues, distribuir entre aquellas mujeres las quince docenas de pastelillos y las quince de bizcochos, á lo que añadió quince botellas y al momento cesaron los gritos, y un sepulcral silencio sucedió á aquella escena de alboroto y confusion. Comer y gritar á la vez, no es posible; de modo que aprovechando el general aquel momento de calma dijo en alta voz, que habia elegido la nodriza que debia criar á su futuro vástago, y dicho esto las despidió en tono imperioso, lo que ejecutó con alguna resistencia aquella falanje mujeril.

Collet, que desde una ventana de la casa vecina estaba observando la funcion desde su principio, soltó una estrepitosa carcajada al ver el feliz resultado de su venganza y se consideró ya remunerado de los golpes de baqueta que or consejo del general le habian dado. Aun cuando niño no se le ocultó á Anselmo las malas consecuencias que podria tener para él tan pesada broma, de

modo que sin despedirse de ninguno de sus conocidos se marchó á casa de su tio materno, cura de la parroquia de San Vicente en Chalon-sur-Saone. El buen cura acojió tiernamente á su *tierno* sobrino y escribió al abuelo que él tomaba á su cargo la educacion y porvenir de Anselmo. Los acontecimientos políticos turbaron, empero, la tranquilidad del venerable pastor: pretendieron hacerle jurar la fidelidad á la república, negóse él á prestar tal juramento y en su consecuencia se vio obligado, para no perder la vida ó la libertad, á huir á Italia á donde se llevó á su sobrino á quien amaba con toda su alma. En cuanto llegaron á Florencia, el arzobispo de Albi, Francisco de Bernis, detiene al tio y le agrega en calidad de capellan á su servicio, y Anselmo es conducido al convento de San Lázaro, en donde debia seguir su educacion.

Pasaron cuatro años, en los cuales Collet se familiarizó, por decirlo así, con la *liturgia*, la que de mucho le servió para la ejecucion de sus detestables *bromas*, y aprendió el italiano con tanta facilidad que lo hablaba ya como un hijo del pais. En cuanto á lo demás, su educacion fué tan descuidada que apenas sabia las nociones preliminares de aritmética, cuando terminados los trastornos revolucionarios, regresó á su país. Llegado que hubo á su pueblo se encargó de su educacion un hermano de su padre, y por su influjo entró en el Pritaneo de Fontainebleau, escuela militar establecida para la instruccion de los oficiales jóvenes.

A principios del año 1801, diez meses despues de su entrada en el colegio, salia Collet con su despacho de subteniente con destino al regimiento núm. 101, que entonces se hallaba en Brescia, y fué colocado en la 5.ª compañía del tercer batallon.—De este modo iba adquiriendo Anselmo los conocimientos que debian servirle en el porvenir para fingirse obispo, general, inspector, etc. etc.; lo que á la verdad era más fácil de lo que á primera vista parece. Muchos eran los sacerdotes que en aquella época de trastorno general sufrieron los azares de la emigracion, por lo que no era fácil que hubiese en el personal del clero una grande regularidad, y con esto la facilidad de abrogarse cualesquier título eclesiástico. Por otra parte, la Francia estaba en guerra con la Europa entera; los oficiales superiores, hoy estaban en una parte, mañana en otra, y á esto puede añadirse que el ministerio más de una vez descuidaba el dar á conocer oficialmente la mision de que se encargaba á este ú otro general. En el contexto de la historia veremos las grandes ventajas que supo sacar Collet de este estado de cosas.

CAPITULO II.

De cómo Collet persuadido de que no todo es brillo en el servicio militar, se prometió formalmente abandonarle para siempre.—Primer goce de Collet.—Determínase á tomar el hábito de novicio en el convento de S. Pedro de Cardinal, donde hace patentes sus cualidades de estafador.—Collet hecho marqués de motu propio se salva en fuerza de su audacia de un inminente peligro.

Jamás faltaron á Collet ni valor ni audacia; pero su ambicion más era por las riquezas que por la fama, de modo que ningun apego tenia á la profesion de las armas. Poco alternaba con sus compañeros, y en vez de asistir á sus reu-

niones preferia pasar los ratos libres con el superior del Convento de capuchinos de Brescia, lo que dió lugar á que fuera el objeto de los contínuos chistes de los oficiales y soldados de su regimiento.—A poco aquel cuerpo se marchó hácia el enemigo, y en la primera batalla fue Collet gravemente herido por un casco de bomba, en el costado derecho. El jóven oficial fué llevado al hospital provisional y luego al de San Jaime de Nápoles, en donde juró no volver á esponerse á la metralla.»

Este era el ánimo de Collet, cuando uno de los jefes del batallon fué conducido al hospital peligrosamente herido, y colocado en una cama vecina á la de Collet. El jóven subteniente que ya estaba bastante mejorado, prodigaba á su compañero de desgracia los cuidados más esquisitos; pero la situacion de aquel jefe fué empeorando de dia en dia, hasta desaparecer toda esperanza de vida. En su último momento el jefe veterano puso en manos de Collet su reloj que era de mucho precio, unas cuantas joyas y sobre 3.000 francos que era todo cuanto poseia.—No tengo herederos forzosos, le dijo el veterano, recibid todo lo que poseo, en recompensa de los muchos cuidados que os he merecido, y continuad *sirviendo á la república como la sirven los valientes*.

Este acontecimiento, decia despues Collet, fué el primer goce de mi vida.

Goce singular que empieza por un casco de bomba recibido en medio del cuerpo, y acaba por la muerte de un veterano oficial. Pero Anselmo no entendia ni á principios ni á fines. La vista del oro ensanchaba su corazon. Hasta entonces no habia poseido ni la décima parte de aquella suma, y esa cantidad le deja entrever placeres infinitos. Ahora la vida será para mí alegre, decia Collet. Qué importa á aquel viejo oficial encerrado en la tumba que la república tenga un defensor más ó menos. ¡Lleve el diablo la guerra y viva la alegría!

Pero este dinero se concluirá, y es preciso proveerse de medios para el porvenir.

Aquí comienza la larga cadena de crímenes y delitos que debian eslabonar uno á uno los dias de este hombre. Sus primeros recursos fueron la hipocresía, que le valió el favor del capellan.

—¡Ay padre mio! le dijo Collet un dia. ¡Cuánto me pesa haber abrazado una carrera en que es tan difícil la salvacion!

—¿Por qué no renunciais á ella y entrais en el camino de la salud?

—Yo no soy dueño de mí mismo, y á no ser desacertado...

—Tranquilizaos. Este es uno de los casos en que el fin justifica los medios. No penseis ahora más que en restableceros, que yo os prometo orillar este negocio. Sois jóven, teneis algunos estudios, podeis completarlos, y si quereis entrar en la órden...

—¡Oh padre mio, me abrís las puertas del cielo!

El religioso estaba encantado. Collet se regocijaba de poder abandonar la carrera de las armas, á la que no tenia inclinacion.

No es esto decir que se sintiera más dispuesto por la Iglesia, sino que siempre es un arbitrio *ahorcar los hábitos;* á más, Anselmo entrevia ya el medio de llegar á la opulencia por el camino del Cielo. Cuando se hubo restablecido, el capellan le buscó un traje de paisano en cambio del de militar, y le condujo al convento de misioneros de San Pedro en Cardinal, en el que por recomendacion suya fué recibido Collet como novicio el 5 de Febrero de 1806.

Collet estudió con ardor, porque su resolucion estaba tomada, y conocia muy bien que la ignorancia podia ser un escollo en la senda en que pensaba lanzarse. De este modo se pasaron dos años.

Anselmo en otra época habia ensayado el yugo del Señor, y su carga le pa

reció fácil y ligera. Complacido el superior de la conducta del novicio, mandó darle la tonsura clerical, y tres meses despues el obispo de la Valina le confirió las órdenes menores.

El convento enviaba todos los años una porcion de obreros destinados á la Pouille, y uno de ellos fué Collet. Apenas se pusieron en marcha dirigió el novicio la palabra á sus compañeros en los términos siguientes: «Hermanos mios, mis estudios son harto pobres para que pretenda aspirar al honor de hacer triunfar entre los fieles la palabra divina: por otra parte soy el más jóven, de modo que las funciones más humildes me tocan por derecho; llevad á bien que yo me encargue de la colecta.»

No habia razon ninguna para que fuera rehusada aquella carga, que era á la vez la más trabajosa y desagradable, y hé aquí á nuestro Collet con su palabra dulce, sus maneras de hombre corrido, sus oportunos chistes y sus contestaciones espirituales; ved aquí á nuestro hermano que empieza á vendimiar en la viña del Señor. Los primeros dias fueron las limosnas las más abundantes que se habian hecho hasta entonces, aumentándose la fama del hermano colector. De cierta táctica se valió Anselmo que en menos de un mes era tenido por el más hábil colector de la cristiandad, sin embargo de haber ahorrado 6.000 francos, que juntos á los que poseia ponia su caja particular en muy buen estado.

Encantando el superior de la conducta y modestia del jóven clérigo, habló de la próxima ordenacion; pero Collet manifiesta con la mayor humildad que no se creia bastante digno aun, y á fin de captarse más la voluntad del superior, solicitó ser el encargado de doctrinar los niños para la primera comunion, cuyo cargo le fué conferido. Entre los que enseñaba era uno de ellos el hijo único del síndico de Cardinal, circunstancia que Collet aprovechó para hacer alguna que otra visita á aquel magistrado, que le recibió en su despacho donde tenia las hojas de los pasaportes en blanco firmados por él; Collet, en unas de sus visitas robó una docena. Desde entonces todas las puertas se las encontraba francas. Era jóven, audaz, instruido; tenia oro... tenia papeles. Falta advertir que Anselmo reunia al ardor de un jóven la sangre fria de un criminal consumado, de modo que solo le faltaba ponerse en carrera. Así fué que determinó abandonar el convento, queriendo hacerles un saludo digno de él.

Tenian los misioneros de San Pedro, en Nápoles, un banquero encargado de cobrar las rentas de la comunidad, el cual venia con frecuencia á Cardinal, donde poseia considerables bienes. Sobre esta base hizo girar Anselmo su tren de batir, y aproximándose un dia al superior, le dijo: Padre mio, yo poseo en Francia un beneficio de 10,000 francos; pero habiendo desertado, como ya sabeis, y no pudiendo dar á conocer mi retiro sin esponerme al mayor riesgo, he cesado de percibir mis rentas. Por tanto, si vuestra reverencia accede á ello, podré zanjar este negocio con el banquero ordinario de la casa, lo que me puede poner en posicion de probar como deseo mi gratitud á la comunidad, á cuya generosidad debo tan venturoso asilo.

Al escuchar estas palabras el buen Abad, se conmovió hasta el punto de derramar lágrimas. Id, hijo mio, le dijo con efusion; id á Nápoles y conducid ese negocios como mejor os plazca... ¡que Dios os guie!

—Yo confio en que vuestra reverencia no me negará una carta de recomendacion para el banquero...

—Os la daré con toda mi alma... Pues qué ¿puedo yo rehusar algo á aquel á quien Dios no rehusaria nada?

Al dia siguiente por la mañana se dirigió Collet á Nápoles provisto de la carta y además de una caja que contenia una sortija de gran valor que el superior

enviaba al banquero para que le comprase otra de igual precio, que habia de remitirle con su recomendado.

El banquero le recibió con los brazos abiertos, y el asunto se llevó á cabo sin dificultad, recibiendo el *jóven francés*, nombre que daba á Collet en su carta el superior, al dia siguiente 22.000 francos por sus pretendidas rentas y la caja con las sortijas, cuyo valor ascenderia á 5 ó 6.000. Compra inmediatamente traje de paisano, *ahorca los hábitos*, llena con el nombre de Marqués de Doula uno de los pasaportes que habia sustraido del despacho del síndico de Cardinal, sale en seguida de Nápoles, y en un carruaje alquilado en las cercanías se dirige á Cápua. No bien hubo llegado á la puerta de la ciudad una nube de agentes de policía rodea el carruaje y le pide su pasaporte; él les entrega el que acaba de fingir, y los agentes al recibirlo le preguntan el nombre de la posada en que se hospedaría.

—En la fonda de los extranjeros, respondió Collet procurando á duras penas serenar su rostro.

—Pues bien, á la fonda de los extranjeros se os llevará vuestro pasaporte.

Collet quedó petrificado. Poco faltó para que saltase del carruaje y echase á correr como un loco; pero repuesto inmediatamente, volvió á recobrar su sangre fria, resolviendo seguir el hilo de aquella aventura. Llega á la fonda de los extranjeros, hace brillar el oro, manda á lo magnate y todos se humillan ante él. Solo Collet no estaba satisfecho de sí mismo. Se sienta á la mesa y no bien lo habia verificado cuando se presentó el comisario de policía; pero Anselmo era tal, que á medida que aumentaba el peligro, se aumentaba la audacia.

—Señor marqués, dijo el comisario, yo espero que tendreis la bondad de no imputarme la falta de que mis agentes se han hecho culpables para con vos; falta, cuyo perdon he querido venir á implorar yo mismo, así como á delvolveros el pasaporte que no debió salir de vuestra cartera.

Collet, que un momento antes sintió agolparse la sangre á su corazon, recobró su calma completamente, y dijo al comisario:

—Vuestros agentes han cumplido con su deber y en vez de quejarme de su conducta la aplaudo. Con tales agentes no lo han de pasar muy bien los malhechores.

El de la policía hizo un saludo respetuoso. Collet tuvo la audacia de convidarlo á comer, y héte aquí amigos al ladron y al comisario, que se miran cara á cara y que se hacen cumplidos á porfía.

—Vuestras funciones en estos tiempos de revueltas deben de ser muy penosas.

—Por favor, señor marqués, no me hableis de eso. Siempre estamos con el alma entre los dientes. No parece sino que todos los ladrones de Europa se han dado cita en Cápua. Yo no como ni duermo...

—Qué os parece esta trucha?

—Esquisita, señor marqués... ¡Los criminales me matan á fuerza de...

—Oh! basta veros para conocer que hareis correr á los perillanes.

—Les hago una guerra á muerte; para mí ni el oro, ni el traje, ni el nombre... Un ladron me dá á mí en la nariz somo al gato la tempestad. Siento á los bribones desde una legua... Collet se conmovió.

—Qué os sucede, señor marqués? exclamó el comisario. ¡Os poneis pálido!

—Sí, en efecto, el cansancio del viaje, la falta de aire!... Estoy malo!

El comisario, á quien los ladrones le daban en la nariz, abrió las ventanas para que el señor marqués se restableciera: esto bastó para conformarse del lod-

Collet creyéndose aun cerca de Nápoles, compró al otro dia un carruaje, y partió para Gaeta, no sin un gran disgusto del comisario, escelente conocedor de ladrones, que así deja deslizar de entre sus manos al más osado de ellos.

¡Oh qué necio he sido! se decia Collet al partir. Yo he debido divertirme con ese hombre... pero mi pícara turbacion!... no, vive Dios que no me sucederá otra vez.

CAPITULO III.

Collet robó á un oficial ciertos papeles que le proporcionan la suerte de relacionarse con el Cardenal de Fesch.—Se hospeda en el mismo palacio del Cardenal donde se hace llamar caballero de Tolozan.—Fingiéndose millonario halló el modo de estafar á un comerciante en Roma.—Segundo peligro en que se ve Collet y del cual se salva por su astucia y dinero.

Orgulloso nuestro caballero de industria se dirigia á Gaeta cuando en las cercanías de Gondé vió á un oficial que caminaba á pié enmedio de un sol abrasador. Collet mandó parar el carruaje que le conducia, y ofreció al oficial un asiento á su lado. Acepto, contestó este, porque tal vez no podria llegar á mi destino. Montó en el carruaje siguiendo este su interrumpida marcha. ¿Dónde os dirigís? preguntó Collet al oficial, su improvisado compañero de viaje: á Terracini, le contestó este. Nuestro *marques* continuó haciendo mil preguntas, ofreciendo al oficial su influencia con personas de elevada posicion y que no podrian negarle nada. El oficial sacó de su bolsillo una cartera que contenia su hoja de servicios, su nombramiento de capitan, el diploma de caballero de la legion de honor, una licencia y varias cartas. Collet examinó aquellos documentos sin afectacion y devolvió su cartera al oficial... ¡La cartera estaba ya vacía! Luego que llegaron á Terracini, se despidieron, dando las gracias nuevamente al *señor marqués,* el pobre oficial que tan indignamente habia sido robado. Collet parte para Roma; algunos dias despues, llegó á esta ciudad, teniendo la precaucion á su llegada de abandonar á su criado para poder mudar de carácter á su sabor.

Provisto de los papeles del desgraciado capitan, tomó su nombre, colocóse en un ojal de su frac la cinta de la legion de honór, y se hizo llamar el caballero Tolozan. Con este nombre, que era el del oficial robado, consiguió relacionarse con gran número de altos personajes.

Una noche estaba Collet en una reunion de personas distinguidas en la cual se habia hecho presentar, cuando se le aproximó un sacerdote y le dijo:

—Tengo el gusto de hablar al señor Tolozan de Leon?

—En esa ciudad he nacido, respondió Collet con extraordinario aplomo. A,

—Entonces somos paisanos y además sois cuñado de mi querido amigo M. de Courtine...

Collet estuvo á punto de turbarse, pero recordando que entre los documentos escamoteados al oficial, se encontraban algunas cartas firmadas por Courtine, sacó la cartera y entregó al eclesiástico aquellas cartas.

—No cabe duda, sois el mismo, la letra y la firma de un amigo, exclamó lleno de júbilo aquel venerable anciano, engañado tambien por Collet. Yo no puedo permitir, continuó, que tengais otro alojamiento que el palacio del cardenal Fesch de quien soy secretario, y...

—Os estoy agradecido, señor, pero...

—Nada, no admito escusa. Hasta el cardenal se enfadaría si obrase de otra manera.

Despues de una breve discusion, Collet aceptó el ofrecimiento, pensando del modo siguiente. Voy á habitar el palacio del tio de Napoleon, y un hombre como yo no debe perder esta fortuna que se presenta muy pocas veces. Mucha desgracia habia de ser la mia para salir con las manos vacías.

Collet al dia siguiente se trasladó al palacio situado en la Plaza Colonna, y esta circunstancia acreció mucho la consideracion de que ya gozaba. El cardenal no se hallaba en Roma, llegó al tercer dia y fué recibido por el Abate y Collet de rodillas, levantándoles su eminencia despues de haberles bendecido. El Abate, presentó al caballero Tolozan al prelado, y este le recibió con afabilidad, convidándole á una opípara comida para el siguiente dia.

Todo venia de molde á nuestro caballero de industria. Rogó al Abate que le relacionase con algun mercader de telas; Collet le compró valor de 3.000 francos que pagó en el acto.—Yo espero, dijo el abate al mercader, que tratareis con conciencia á este caballero, pues á pesar de ser millonario, no se encuentra en el caso de pagar el doble del valor de las telas.

Lo de millonario hizo su efecto al mercader, Collet lo advirtió y pensó sacar partido. Durante algunos dias hizo algunas compras en la tienda del mismo mercader, procurando hacer ver mucho oro cuando pagaba. Por último, sin dar importancia á la pregunta, le dijo si tenia corresponsales en Francia, á lo que le contestó afirmativamente.

—Siendo así, le dijo Collet, quizás os sea posible negociarme una letra de algunos miles de francos.

—Tendré á mucho honor haceros ese pequeño servicio.

—Dos condiciones exijo sobre este particular; la primera, que teneis de guardar secreto, porque su eminencia el cardenal no me perdonaria la falta de confianza; y la segunda que la letra no ha de circular ni salir de vuestro poder hasta su vencimiento.

—Haré, caballero, todo lo que os plazca, y lo ruego que dispongais de mí á vuestro antojo.

Aquel mismo dia falsificó Collet una letra de 20.000 francos, y al dia siguiente le remitió el mercader dicha suma, menos el descuento del giro.—Despues de haber engañado á aquel honrado mercader, hizo una trampa de 30.000 francos, con el mismo ardid, al banquero del cardenal, y así de uno en otro pasó revista á todos los dependientes del cardenal Fesch. Como todos ellos ofrecieron secreto, Collet estaba seguro: el ladron se encontró á poco tiempo dueño de más de 300.000 francos en oro, y se proponia abandonar á Roma, cuando un dia que se encontraba solo con el Abate en su despacho sustrajo de encima de una mesa una coleccion de actas de presbiterato y una bula de nombramiento de obispo. Estos papeles eran para Collet de más precio que el oro, de mo-

do que así que los tuvo en su poder, aceleró su apresto de viaje y sale de Roma, no sin que antes lo hubiera bendecido el cardenal. Viajaba á cortas jornadas: cómodamente llegó por último á Turin donde su estrella estuvo á punto de eclipsarse. Apenas se habia apeado del carruaje cuando un agente de policía le pidió sus documentos.

—Me equivocais sin duda, replicó el bandido, eso no se pide al que posee la confianza y amistad del cardenal Fesch.

—Precisamente por aviso del cardenal, es por lo que lo hago. Todo se ha descubierto, amiguito, y sé que traeis una suma de mas de 300.000 francos. Lo que no comprendo, señor ladron, es como despues de un negocio tan bueno viajais á pequeñas jornadas.

Collet conoció que toda la audacia seria inútil, pues que estaba descubierto y tan bien enterado, y se decidió á hablar con franqueza al comisário, diciéndole:

—Puesto que todo lo sabeis, debiérais tambien saber que no se prende á un hombre tan fácilmente, cuando este es dueño de 300.000 francos.

El comisario soltó una carcajada que no desconcertó, á Collet.

—No se le prende, continuó Collet, cuando el hombre está dispuesto á cegar al otro sacrificando mil luises.

—¡Oh! sois muy lisonjero...

—Pues bien, tomad; y sacando de su cofre mil piezas de á 20 francos, las entregó al agente de policía que salió diciendo que no habia tratado en su vida otro hombre tan bueno.

Diez minutos despues, Collet se dirigia rápidamente á Lugano.

CAPITULO IV.

Donde se dicen mil curiosidades que podrá saber quien lo lea.

Solo tuvo necesidad Collet de pasar algunas horas en Mandovi para trasformar todo su tren: compró un traje de teniente general, uno de Obispo y otro de simple sacerdote; contrahace los papeles necesarios para ser tenido por un sacerdote de Nápoles, con cuyo carácter entró en Lugano. En esta ciudad descansó algunas horas, no haciendo alarde del oro, por no hacer recaer sospechas sobre él. Cuando ya se juzgaba seguro para abandonar su retiro, se encaminó á Francia. En Brianzon recibe al clero de la ciudad, les habló y aquellos sacerdotes se admiraban de que un sacerdote napolitano hablase tan correctamente francés. Collet les mostró su acta de eclesiástico; esto era suficiente para destruir la más grave sospecha, y aquellos buenos eclesiásticos para hacer los honores de su iglesia á su hermano de Nápoles, le rogaron que dijese la misa mayor al dia siguiente, que era domingo.

Con toda la sangre fria imaginable cometió Collet el sacrilegio de decir la misa. Concluido que hubo se marchó á Gap, donde pensaba fijarse, y á las pocas horas de su llegada se presentó al vicario general para presentarle sus papeles. Examinólos aquel detenidamente y manifestóse en cierto modo incomodado de no encontrar en ellos un motivo de objecion.

—Decidme, dijo el vicario á Collet, ¿pensais fijaros en esta diócesis?

—Sí, señor.

—Pues debo deciros que habeis escogido un país muy pobre; pues aquí no hay recurso de ninguna especie; la religion toca á su agonía, y un pobre sacerdote se morirá de hambre sin que nadie le socorra. Despues de un rato de silencio añadió: lo único que puedo hacer por vos es enviaros á decir la misa de la Misericordia que os producirá 30 sueldos (unos 6 rs. vn.)

—Señor, contestó Collet con la más grande humildad, no he venido á Gap para ser molesto á los honorables hermanos, solo vengo creyendo que aquí se podrá vivir cómodamente y hacer algun bien, contando con un capital de 15,000 libras de renta.

—Perdone V., dijo balbuceando el vicario y más colorado que la grana, un error!... ¿Hace mucho que ha llegado el señor abate?

—Ayer.

—¿Y dónde se ha hospedado?

—En la posada, pues espero comprar una casa que tenga todas las comodidades posibles. Si por casualidad sabe el señor Vicario de alguna que esté en venta...

—¡Cómo así...! Yo lo haré con todo mi corazon. Ahora me permitireis que os presente á las autoridades de la poblacion y á su ilustrísima el Obispo.

Collet se dejó presentar á todas las autoridades, recibió la bendicion del Obispo y bien pronto no se habló en la ciudad de otra cosa que del rico abate italiano.

Al cabo de algunos dias, viendo el Padre Liborio, este era el nombre que habia tomado Collet, que no se hallaba ninguna casa en venta, alquiló una, la que hizo adornar suntuosamente y celebró en ella un gran banquete al que convidó á todas las autoridades y al clero, lo que acabó de confirmar su reputacion de hombre opulento y generoso. Collet hubiera podido vivir tranquilamente en Gap; pero para su genio aventurero era muy pequeño aquel círculo. Por otra parte, aun cuando no fuera por remordimiento, el temor de ser conocido le atormentaba continuamente.

Un dia que pasaba por el camino de Embrun vió á dos presos conducidos por unos gendarmes, se aproximó á ellos haciéndose superior al terror que esperimentaba á la presencia de casos de este género. Se acercó á ellos y despues de un corto interrogatorio en el que se hizo superior á la emocion que le causaba la presencia de los reos que eran dos compañeros de su carrera de soldado. Un ojo algo esperto hubiera podido sorprender en el pretendido abate un criminal refinadísimo, mas por fortuna suya aquellos hombres no le reconocieron. Collet vertió su bolsillo en las manos de los criminales y tomó la resolucion de dejar á Gap lo más pronto posible.

Las fiestas de Navidad se aproximaban y siendo indispensable predicar en su solemnidad, el Vicario se empeñó con el P. Liborio para que lo hiciese. Muy bien hubiera podido evadirse Collet de hacerlo; pero lisongeaba su vanidad aquel empeño, y la vanidad influia poderosamente en Collet. ¿Cuántas veces en el trascurso de su vida derramó el oro con profusion por oirse llamar Monseñor? Aceptó, y hé aquí á nuestro héroe predicando la moral evangélica, en-

;alzando la humanidad del Salvador del mundo, en la Cátedra de la verdad. El adron, asesino, el falsario manchado de mil sacrilegios, es el mismo que vertiendo un torrente de lágrimas, habló de Dios hecho Hombre y de los crueles tormentos que le esperan al que le plugo nacer en un establo: que llamó á sí á los pobres y á los débiles y que consuma la redencion de los hombres á trueque de su sangre. Tal fué el efecto de su discurso que al descender del púlpito, recibió la felicitacion de todo el clero, ínterin los sacerdotes de los cercanos pueblos le rogaban se dignase ir á predicar á sus parroquias.

Collet en estremo orgulloso no cabia en sí de alegría, y en muchos meses no pasó una festividad en que no arrancase un lauro más su elocuencia, ya en Gap, ora en las parroquias vecinas. Creció de un modo tan notable su reputacion que habiendo vacado el curato de Monottier, el Obispo no creyó poder dispensarse de ofrecerlo al P. Liborio. Esto operaba en la posicion un cambio, y á Collet sobre todo eran los cambios lo que más le placia. Aceptó, y sin perder tiempo dispuso su marcha. Recibió dos horas antes de verificarla la visita del alcalde de Monottier, que venia á hacerle presente los homenajes de sus futuras ovejas, ansiosas de ver y admirar á su querido y deseado pastor. El magistrado lugareño se empeñó en acompañarle hasta la parroquia, deshaciéndose en cumplidos ofrecimientos al paso que le servia de guia. Salieron á recibirle las personas más notables, arengándole en un estilo florido y patético. Al siguiente dia era domingo y ya Collet en el ejercicio de sus funciones, cantó la misa mayor, luego las vísperas seguidas de un sermon ó discurso paterno, el que fué acogido con respeto y admiracion, pues nunca obtuvo menos su elocuencia.

Al entrar en el presbiterio oyó los entrecortados sollozos de una anciana que vertia un torrente de lágrimas.

—¿Qué teneis, buena mujer? le preguntó.

—¡Ah señor! Hace veintitres años que sirvo en esta santa casa y hoy me veo espuesta á morir de hambre, pues presumo que vos tendreis quien os sirva.

—Quedaos y estad tranquila, buena mujer. El curato antes que á mí os pertenece. Continuad pues vuestros servicios.

El lunes partió Collet para Gap, con el objeto de trasportar sus muebles volviendo á Monottier con el criado que habia tomado.

Multitud de personas se agrupaban para descargar los carruajes; pero se contenta con darles las gracias y convidarles á comer para el dia siguiente. Los semblantes de aquellos honrados cuanto sencillos campesinos estaban animados por la más viva alegría. Nuestro nuevo cura es más rico que el Obispo, decian entre sí, y sobre todo, que es un buen hombre. ¡Oh!... ¡Es un gran hombre nuestro cura...! ¡Pobre rebaño! que tan cándidamente te abandonan en las garras de un lobo cubierto con la piel de oveja. ¡Pobres ovejas, el lobo ha entrado en vuestro redil!... ¡Desconfiad de sus tramas engañosas!

La llegada del dean en el domingo siguiente tuvo por objeto la instalacion del nuevo cura, el que lo hizo en nombre del Obispo. El mencionado dean dirigió á los fieles una enérgica aunque corta alocucion probando la ventaja de tener un *pastor acepto á los ojos de Dios*. Hallábase Collet halagado por las ilusiones más lisonjeras, y reconocido á su obsequioso panegirista le convidó á comer en union de las personas más notables de la parroquia: sobre mesa, se habló con bastante extension de la confianza que Collet inspiraba á sus superiores, del amor que animaba á sus feligreses y de los ópimos resultados que produciria tan buen precedente utilizados por el nuevo é inteligente curita.

Collet estaba en estremo contento: habian halagado su orgullo con demasía y ya sabemos que en Collet, era esta la pasion dominante.

—Señores... decia él; vosotros sois demasiado buenos é indulgentes... Mis escasos méritos son muy inferiores á vuestros atentos elogios. ¡Oh! yo prometo que procuraré corresponder á vuestra confianza con mi celo y cariño.

¡El insigne Collet, el nuevo pastor, se instaló en el presbiterio! La mencionada *veterana sirviente* y un criado, son las únicas personas que le acompañan. Todos rinden tributo al reverendo padre, pollos y frutas abundan en su cocina. Su mesa es la más opípara de diez leguas á la redonda, y los toneles en su cueva se llenan como por encanto.

Veloz y feliz corria el tiempo para Collet, pues al par de su buena reputacion merecia la confianza de personas á quien ni era digno de servir como esclavo; pero ojos que no ven corazon que no siente: y era grande ver á nuestro Collet cómo bautiza, confiesa, predica, entierra y casa; mientras su renombre de opulento le franquea la casa del rico, como el triste hogar del pobre y miserable.

El deplorable estado de la iglesia parroquial, debido á los trastornos políticos y contínuas revoluciones, hacia temer una pronta ruina. Las sagradas aras se veian contínuamente azotadas por la lluvia y el viento; no parecia sino que Dios habia apartado sus ojos de su santa morada.

Las más asiduas diligencias que antes se habian practicado con el objeto de recaudar para las necesidades más urgentes, no produjeron ningun resultado favorable. Hoy se reune la hermandad de la Fábrica citada por Collet. ¿Obtendrá el mismo resultado que hasta aquí? No es difícil la resolucion de este problema, teniendo presente la distancia que media entre Collet y sus anteriores. Collet no se contentaba con seguir la senda de estos; necesitaba dinero y esta necesidad para él era una ley que no tenia efecto retroactivo. Escita pues el celo de las personas más notables de la parroquia; hace el reparto y consigue recaudar unos 6.000 francos. Pequeño en demasía era para nuestro aventurero este negocio; pero por fortuna sabia que no siempre se cazan garzas y que muchas veces está la ciencia en saberse contentar con algun aguilucho. En fin, hizo presente á los hermanos de la Fábrica que si le permitian edificar en su iglesia una capilla dedicada á su patron, bajo la cual erigiria un sepulcro para que le sirviese de última morada, él se encargaba de reedificar la iglesia suministrando los fondos que faltasen.

Con mil muestras de entusiasmo fué aceptada esta proposicion, apresurándose los cándidos hermanos á remitir los 6.000 francos á su generoso pastor. Ya empezaba á serle enojoso á Collet el ministerio de cura, y con el objeto de engrosar el depósito que se le habia confiado, so pretesto que no se habia realizado la remision de sus rentas, pide prestado dos mil escudos al alcalde, dos mil al notario y mil á cada uno de su sociedad. Pretesta hacer por sí mismo la compra de los ornamentos necesarios para la iglesia. Collet desaparece. Pasa un dia, una semana, dos... y Collet no vuelve; pasa un mes... y por último, ¡Collet no parèció más!

Esto era lo que Collet llamaba una bancarrota honrosa y de buen género.

CAPITULO V.

De cómo Collet hace progresos en el difícil arte de falsificar letras de cambio y se elevó á la dignidad de Obispo por su propia virtud.

El buen pastor abandonó á sus ovejas y se dirigió á Grenoble, atravesando el Tarantaise y el monte Cénis y llegó finalmente á Turin. Como una falta consideraba Collet el no dejar en esta ciudad una señal de su tránsito. Apenas habia llegado cuando fingió una letra de 10.000 francos que logró negociar con la casa Banelti. lo cual arreglado, llena su bula de Obispo, firmada por el cardenal Fesch, toma unos caballos de posta, se reviste para el camino la sotana de color de violeta, y con este traje que solo pueden usar los elegidos para príncipes de la Iglesia, llegó á Salpelegu, donde el clero entero le recibió con los mas rendidos homenajes. Aun cuando la posicion de Collet no dejaba de ser algo comprometida, el oro, y más que el oro, la audacia, le daban cierta seguridad para con todo el mundo. Recibe al clero con amor, le da su bendicion, le llena de seductoras promesas y toma á un eclesiástico en clase de capellan y se marcha con él á Nica, en donde su astucia y su saber debian sufrir peligrosas pruebas. Entró en la ciudad en traje de Obispo y aun cuando no fué advertida su entrada, muy pronto se divulgó por toda Nica la noticia de que habia llegado un prelado: el color de la sotana debia producir su efecto. Apenas se habia apeado Collet del carruaje cuando se le presentaron dos vicarios generales para suplicarle en nombre del Obispo de la ciudad que se sirviera admitir para alojamiento el palacio de su ilustrísima. Con la mayor sangre fria dió Collet su bendicion á los dos enviados, hizoles besar el sagrado anillo, y mostrándoles en seguida su bula de institucion, marchó con ellos al palacio episcopal con toda la gravedad de un superior.

En cuanto entraron en la habitacion del Obispo de Nica, este se levantó para estrechar entre sus brazos á Collet, y con una gravedad verdaderamente apostólica permitió el futuro galeote que le diera el digno prelado un abrazo fraternal.

No teniendo Collet ningun obstáculo plausible que oponer á las instancias del prelado, vióse en la necesidad de acceder, para lo cual mandó que le trajeran su equipaje. Pero luego las dificultades se hicieron mayores. Para obsequiarle se prepara un espléndido banquete al que son convidados todos los prelados del alto clero. ¿Qué papel podia representar nuestro héroe en una reunion en que probablemente se habian de discutir las cuestiones más delicadas de teología? Otro cualquiera en semejante caso tendria por perdida la jugada; pero él esperaba el momento de prueba con la más intrépida y admirable serenidad. En el instante del peligro se le ve hablar mucho con una locucion llena de facilidad y fluidez, lo que da motivo á que se interesen por escucharle. Refiriéndose á Roma, dice tales cosas que solo cabe esplicarlas á una persona instruida en los secretos del Vaticano; distrae á sus oyentes contándoles varias anécdotas del Papa y elogia la esplendidez y magnificencia del Cardenal Fesch, á quien ensalza sobre las nubes, haciendo creer que se halla en buenas rela-

ciones con él; y entre tanto cuida mucho de no mezclarse en ninguna controversia teológica hasta que toque al punto de su resolucion, en cuyo caso no hay temor de equivocarse uniendo su parecer al de la mayoría. Así, pues, todo sale á maravilla; suspéndense las cuestiones filosóficas y no se hace otra cosa que aplaudir la capacidad y buenas dotes del prelado extranjero.

Al siguiente dia se le presentaron á Collet nuevos apuros. Convida el Obispo de Nica á visitar los seminarios, y habiendo aceptado nuestro héroe, celebró el sacrificio de la misa en la capilla del palacio episcopal, pasando en seguida al refectorio donde se le sirvió el chocolote, concluido el cual manifestó que estaba en disposicion de hacer la visita, bien persuadido de que hasta sus más insignificantes movimientos eran espiados escrupulosamente. Los seminaristas, prevenidos ya de antemano, se arrodillaron á la llegada de los prelados y despues de recibir la *doble bendicion*, se formaron á modo de procesion entonando el cándico *Laudate* como para más obsequiar al recien venido Obispo.

¡Ay! solia decir más tarde Collet hablando de este hecho: *si los seminaristas hubieran podido adivinar lo que dentro de mí pasaba, es bien cierto que en vez de entonar el Laudate me hubieran recibido con el Miserere.*

Pero el atrevido ladron era todavía el niño mimado de la fortuna.

No habiendo ocurrido incidente alguno durante la visita en el seminario, el prelado de Nica regresó á su palacio fascinado completamente por los modales de su colega. Este, creyéndose ya seguro de nuevos peligros, respiraba tranquilo, cuando estando á lo mejor de la comida ocurriósele á uno de los convidados dirigirse á Collet para hacerle esta pregunta:

—Monseñor, puesto que venís de Roma, es indudable que sereis portador de gracias é indulgencias, y en este caso suplico á vuestra ilustrísima tenga á bien relevarme de la ceremonia de órdenes para que he sido citado y que debe verificarse este próximo jueves.

Al oir semejante proposicion, nuestro fingido prelado se creyó perdido, pero bien pronto se vió dueño de su imperturbable calma, bajo cuyo aspecto intentó evadirse de este nuevo compromiso alegando pretestos que fueron desechados, por lo que el *caballero de industria*, precisado en tan serio lance á alternar entre el descubrimiento de su intriga ó pasar por esta nueva prueba, se decidió á arrostrarlo todo antes que arrojar la mascarilla.

La ceremonia de la ordenacion empieza... el ladron, el falsario, el astuto Collet hace sesenta curas de almas de otros tantos seminaristas. Y esto lo hace delante de un inmenso público presidido de todas las autoridades eclesiásticas, militares y civiles de la ciudad. Así que dió fin á la ceremonia, el futuro galeote sube al púlpito y con su acostumbrada admirable sangre fria, dice un discurso que Bourdalone recitó en otra ocasion semejante y que él supo encubrir lo suficiente para que no se conociera. Despues todo terminó y Collet mereció los más lisonjeros elogios.

El Obispo de Nica, que ni aun remotamente sospechaba el horrendo sacrilegio que en presencia suya y casi bajo su responsabilidad acababa de efectuarse, suplicó, aunque en vano, por repetidas veces á su colega, le hiciera el placer de quedarse en su compañía.

Pero Collet conocia perfectamente los peligros á que se exponia en su falsa posicion y resolvió prudentemente el renunciar á todas las honras que le merecia el carácter episcopal; pues tantos peligros le habian ocasionado y tantas veces se habia visto aquejado de congojas mortales. Tomada su resolucion, tardó poco en realizarlo saliendo de la ciudad y no pensando en otra cosa que en desnudarse para siempre de la violada sotana. Sin embargo, aun tenia otra

cosa que le embarazaba: la compañía de su capellan. ¿Cómo podria deshacerse de él? La imaginacion de Collet, altamente sábia, le sugirió al efecto una encantadora idea. Apenas hubo apeado en Cannes, hizo que le presentaran un labrador pobre, pero celebrado en el pueblo por su extraordinaria fuerza, al cual nuestro fingido Obispo consigue engañar con la siguiente farsa.

—Buen hombre, le dice, el capellan que me acompaña ha servido algunos años en las banderas del rey, y al referirme las acciones de guerra en que se ha visto, lo hace siempre ponderando su propio valor. Yo quisiera probar si es ó no cierto el arrojo y valentía del digno sacerdote, y para esto justamente os he mandado venir.

Dentro de breves horas saldremos de este pueblo, y quisiera yo que os hiciérais acompañar de dos ó tres amigos vuestros, con el objeto de que al pasar por algun sitio dificultoso fingiéseis una sorpresa y nos pidiéseis la bolsa ó la vida.

Naturalmente, para que la broma tenga todo el carácter de verdad, dispareis dos ó tres pistoletazos, pero de manera que *no nos ofendan*, y hallándoos anticipadamente disfrazados, os presentareis como si fuérais malhechores. Entonces, yo mismo os daré una cajita que contendrá 50 luises para que podais brindar á mi salud.

El aldeano, creyendo lealmente que no habria otro fondo que la broma en aquella proposicion, aceptó gustoso 25 luises que le dió á buena cuenta Collet, y salió de la estancia á fin de reunirse á otros dos amigos para llevar á cabo la empresa. Todo se verificó á pedir de boca.

Llegado que hubo el coche á cierto paraje emboscado y desierto, aparecen tres hombres completamente armados y disfrazados, los que despues de saludar á los viajeros con las palabras de ordenanza, la bolsa ó la vida, disparan algunos tiros al aire y concluyen por desenganchar los caballos del carruaje.

—Señor capellan, dice Collet al sacerdote, ¡esta es la ocasion de probar nuestro valor! ¡Ea, disputemos la vida á esos pícaros! Pero el desdichado capellan nada oia, el peligro que tan cerca amenazaba le habia trastornado completamente.

Entonces, y para terminar aquella farsa, asomóse Collet á la ventanilla del coche, y dirigiéndose á los fingidos ladrones, ¡pasad! les grita; vuestra es esta caja que os entrego y que contiene 80.000 francos; pero os ruego que perdoneis nuestras vidas! Y diciendo esto, les entregó la cajita con los 25 luises restantes de la cuenta pactada; con lo que se retiraron los labriegos, y el carruaje se vió en libertad de seguir su marcha.

La anterior escena habia causado en los viajeros bien distintos efectos: el señor *obispo* se mordia á cada instante los lábios para contener la risa; el pobre capellan habia casi perdido la razon en fuerza de su espanto, y el postillon cuidaba prudentemente de aligerar á latigazos el trote de los caballos.

CAPITULO VI.

De como Collet se hace amigo de la generala Laferriere, y lo que le aprovechó su amistad.

Muy poco hacia que habia llegado Collet á Grass cuando se presentó á la poli-

cía á fin de dar cuenta de la emboscada. El pobre capellan y el postillon aseguraban con juramento haber visto doce hombres armados, que no podian ser otra cosa que ladrones. El rumor de esta ocurrencia cundió en breve por toda la ciudad causando una gran sensacion, y á esto más que nada debió el reverendo Collet los cuidados é interés con que el clero de la poblacion se apresuró á rodearle y ofrecérsele con la mayor solicidud. Las beatas de Grasse no tardaron en agasajarle con obsequios positivos como en demostracion de profundo respeto. Pasado aquel dia el fingido obispo se hallaba en medio de una numerosa reunion de mujeres devotas, á las que significó sin dar importancia alguna á sus palabras, que á consecuencia del suceso ocurrido, y hallándose algo indispuesto, retardaria su partida de aquella ciudad, en la cual al mismo tiempo que acudia á su total restablecimiento, esperaria noticia de su mayordomo á quien acababa de escribir manifestándole que se hallaba necesitado de dinero, y que la tardanza en enviárselo podria ocasionarle algunos disgustos. Cuando hubo acabado de pronunciar estas palabras, observó no sin placer, que entre aquellas buenas mujeres se cruzaban algunas miradas de inteligencia, de cuyas señales, como buen inteligente, sacó por sí la consecuencia de una buena especulacion.

Salió Collet de la estancia, no sin echar antes su bendicion á aquellas benditas almas que le rogaron con el mayor ahinco se dignara volver al siguiente dia, pretestando la necesidad en que se hallaban de que *Su ilustrísima* les aclarase ciertas dudas que se les ofrecian en altas cuestiones de conciencia.

El señor obispo prometió á medias satisfacer aquel justo deseo; pero no contentas las ovejas con aquel incierto ofrecimiento, suplicaron de nuevo y con tales instancias al pastor, que lograron alcanzar la formal promesa de una nueva visita al mediar el dia próximo. En efecto, el reverendo prelado cumplió leal y religiosamente su palabra, presentándose otra vez y como á hurtadillas á la cita, en la que el primer espectáculo que se ofreció á su vista fué el de una bien compuesta mesa cubierta de suculentos manjares, capaces de escitar el apetito de un muerto. «¡Qué magnífica entrada!» pensaba para sí Collet.

Algun tiempo despues, refiriendo esta ocurrencia de su vida, decia el célebre aventurero: «Yo veia que aquellas beatas se miraban con confusion y se hacian algunas señas, por lo cual inferí que tenian algo que decirme. Adivinaba el objeto de aquella mímica; pero obligado por mi carácter y autoridad á guardar el secreto de la iniciativa, me impuse el deber de no dar pábulo á la confianza de mis buenas beatas, las cuales seguian haciéndose gestos y demostrándose su turbacion hasta el punto de obligarme á morder los lábios para no soltar la carcajada. Por último, al servirse el café reinó más animacion, y merced á ella una de las buenas mujeres me disparó un Monseñor... y quedó confusa. Yo levanté los ojos para mirarla y la hallé turbada; creí pues que en aquella ocasion estaba en el caso de animarla, é invitándola á esplicarse con más libertad y confianza, la aseguré que tendria un gran placer en oirla y una completa satisfaccion en complacerla. Entonces se le escapó un segundo Monseñor... y añadió: ayer manifestásteis que habíais escrito á vuestro mayordomo á fin de que os remitiese algunos fondos, y nosotras, adelantándonos á vuestro deseo, nos hemos tomado la libertad de reunir una pequeña cantidad que tenemos la honra de ofreceros, esperando os digneis disimular este corto obsequio, en gracia de la buena voluntad con que os le presentamos. Y esto diciendo, me ofreció un bolsillo de terciopelo. Collet admitió los 8.000 francos que el bolsillo contenia, no sin manifestar alguna resistencia. Esto no era más que un preludio. Al dia siguiente tomó prestados á un banquero

30.000 francos en cambio de un abonaré de dicha suma firmado por don Pascualini.

Averiguó Collet que el general Laferriere poseia á corta distancia de Grasse, una casa de campo muy hermosa en la que habitaba ordinariamente su esposa. Fingió que era amigo del general, y manifestó deseos de pasar algunos dias en su quinta, en tanto que se restablecia su capellan. Recomendó el enfermo á los facultativos, mandó enganchar su carruaje con caballos de posta, y partió para la quinta. Al llegar á ella dió dos monedas de oro al postillon y le mandó volver á los ocho dias. El postillon regresó con sus caballos.

La esposa del general apenas vió el carruaje se presentó para recibir al prelado, que le dijo:

—No es otro mi objeto, señora, que el de ocupar un cubierto en la mesa de mi querido Laferriere.

—Para mí será completa la satisfaccion... Mi esposo se halla ausente: mas toda vez que sois amigo, yo, anticipándome á sus órdenes, os las ofrezco al paso que mi inutilidad.

—Gracias, señora. La amistad que profeso á vuestro esposo cuenta muchos años de antigüedad; pues aun cuando hoy me veis vistiendo el traje de sacerdote, he tenido en otro tiempo el gusto de servir bajo sus órdenes.

—Es un nuevo motivo para merecer mi estimacion... Los amigos del campamento lo mismo que los del colegio jamás se olvidan... Tomaos la molestia de pasar adelante...

La señora Laferriere diciendo que su marido estaba ausente, no decia nada de nuevo para Collet que sabia de antemano este hecho; pues á saber que el general se hallaba en casa, se hubiera guardado muy bien de presentarse.

Inmediatamente fué conducido por la condesa á la sala de estrado donde se le ofreció un sitial en el cual se arrellanó cómodamente, haciendo entonces recaer la conversacion sobre los motivos de su viaje.

Collet dijo que habiendo sido destinado á las órdenes del general Laferriere, este le habia agregado en calidad de oficial de ordenanzas, en cuyo tiempo fué herido de gravedad y en esta circunstancia se vió precisado á abandonar la carrera de las armas y dedicarse al servicio de la Iglesia que habia sido siempre el objeto de su vocacion, y que S. M. el emperador para recompensar sus pasados méritos de guerra, le habia conferido la dignidad de Obispo, declarando que en su nuevo estado no olvidando la amistad que conservaba á su antiguo jefe, se habia visto inclinado á venir á ofrecerle su inutilidad. Añadió que sentía mucho no verle, pero que este sentimiento quedaba recompensado con el placer que recibia en conocer á la señora condesa. La esposa del general quedó hechizada de tal lenguaje y agradeció con palabras llenas de finura el favor que la prodigaba S. R. I.

A este tiempo se presentó un lacayo anunciando que la comida estaba servida, y al recibir el aviso la condesa y el Obispo se trasladaron al comedor en el cual se designó á Collet el sitio de preferencia, que ocupó sin afectacion alguna, echando muy sério la bendicion y portándose de modo, que nadie hubiera sido capaz de dudar lo más mínimo en contra de S. R. I.

Cuando acabaron de comer, el reverendo Obispo hizo llamar al postillon, manifestando la necesidad que tenia de marchar; pero habiéndole contestado que el postillon habia desaparecido con el carruaje, mostró la mayor sorpresa y asombro.

—No sé cómo explicarme su marcha, dijo en alta voz, cuando sabia que me habia de conducir hasta el camino de Dauphini...

Aparentando gran pesar con tal suceso, la condesa para calmarle le ofreció sus caballos y carruaje que era todo cuanto deseaba Collet, por lo cual no puso obstáculo alguno. La señora Laferriere en su consecuencia mandó disponer el carruaje dirigido por el cochero de la casa, y acompañando al obispo hasta la portezuela, pidióle allí que diera su bendicion á las gentes del castillo, cuya gracia cumplida se despidieron con las mayores muestras de estimacion.

Rápidamente atravesaron el camino hasta la primera posta, dondo apeándose Collet, pide un nuevo tiro; y regalando al cochero le despide, agradecido y contento como unas castañuelas.

Por fin se encontró el pícaro Collet libre del hombre que era su pesadilla.

—¡Pobre abate! decia entre sí: eres el tonto más tonto de los que están de sobra.

—Ahora veremos si te atreves á escapar de la trampa.

CAPITULO VII.

Que es continuacion del ant r or.

Muy poco le importó á Collet lo sucedido; al contrario, pues Collet libre ya de todo obstáculo, porque el capellan se habia quedado enfermo del terror que le habia ocasionado la emboscada, no pudiendo pasar á Grasse, cansado ya nuestro héroe de representar el difícil papel de príncipe de la Iglesia que desempeñara, con tan buen resultado, se determinó á descansar en la primera posta, y reflexionando maduramente, resolvió renunciar por algun tiempo su dignidad postiza.

Una vez tomada esta resolucion, mandó traer una de las maletas que dejaron en el coche y sacando de ella un vestido de paisano se disfrazó en el instante. Guardó la sotana, y falsificando un pasaporte de una de las hojas que habia sustraido en el despacho del síndico Cardinal y que tenia guardada con el mayor cuidado, se dirigió á París, á cuya capital llegó, presentándose bajo el nombre de Anselmo Collet, creyendo que nadie trataria de conocer al pobre subteniente de la armada bajo el disfraz de un hombre bien acomodado, y que seguramente su desercion estaria ya olvidada.

Pero ¿qué iba á hacer en París? ¡Entregarse á los placeres! ¡Iba tal vez á derramar el oro en cambio de algunos momentos de deleite! Sin embargo de que estas reflexiones ocuparon su mente por pocos instantes, la conducta del fingido ex-prelado fué al principio la de un escolar recien salido del colegio. Bailes, conquistas amorosas, duelos y bacanales, nada quedó por disfrutar. Pero cansado de una vida tan agitada bien pronto se fastidió de ella, lo mismo que se habia fastidiado de otras mil cosas. Collet necesitaba movimiento y queria ver realizadas todas las circunstancias de la vida que habia imaginado. Por lo demás, el sosiego hubiera causado su muerte. Buscando un nuevo recurso, halló en las Tullerías al señor de San German, su antiguo protector en el Pritanea de Fontainebleau.

El anciano, contento con este encuentro, hizo mil preguntas á su protegido, preguntas á las cuales, como debe suponerse, contestó Collet con otros tantos embustes, dichos con una serenidad y prontitud tan fáciles que sus men-

iras tuvieron todas las apariencias de la verdad. Collet, en tanto que hablaba, meditó sacar algun partido de su entrevista con el viejo señor de San German, pues nuestro caballero de industria estaba acostumbrado á no desperdiciar la más insignificante ocasion. Así pues, hizo creer al buen anciano que la fortuna le habia favorecido como á un niño mimado, añadiendo que era rico, pero que el oro no le bastaba: que su único deseo era el de servir de algo á su país, y que este deseo vehemente se habia hecho en él una necesidad: por lo tanto esperaba que su antiguo protector le apoyaría con su crédito é inmensas influencias, ofreciéndole en cambio un eterno reconocimiento. Creyendo de buena fé el señor de San German cuanto Collet le dijera, prometió su más eficaz cooperacion, toda vez que tenia más crédito que fortuna; despues de esto le convidó á comer para el siguiente dia, á cuya invitacion quedó agradecido Collet, ofreciendo no faltar, promesa que cumplió puntualmente. En efecto, llegada la hora se presentó Collet en casa del viejo, y al sentarse á la mesa vió este encima de la servilleta un cartucho que contenia cien napoleones, cantidad más que suficiente para producir el efecto que siempre produce el oro. Collet logró su primer objeto.

Pasados alguuos dias, Collet se hallaba sentado á la mesa del señor de San German en medio de dos jefes de division del ministerio de la Guerra. Durante la comida se habló largamente del jóven oficial Bréciano, que era el mismo Collet. Se hizo mencion de todas sus desgracias y de las fatales ocurrencias que le habian precisado á abandonar las filas, y por último, del modo expléndido y noble con que pensaba emplear su inmensa riqueza. Lo cual unido a un magnífico regalo enviado á cada uno de los jefes militares, produjo el efecto que se apetecia. No se hizo esperar el resultado; pues dos dias despues el atrevido ladron recibia el nombramiento de teniente destinado al 47 de línea. Los preparativos de su viaje fueron tan rápidos como todas sus empresas, é inmediatamente se trasladó á Lorient donde se hallaba el depósito del regimiento; presentóse al estado mayor, y tomó posesion de su empleo con destino á la tercera compañía del tercer batallon. De este modo nuestro famoso criminal llegó á obtener la posesion legal de un honorífico empleo en la milicia. Su riqueza habida por medio del robo, contribuyó á hacerle representar un brillante papel entre sus compañeros de armas, y grangearle el favor de los jefes. Bien es cierto que Collet, fuera de ser un malvado, tenia un aire distinguido y una presencia de gran señor.

Pero Collet no podia vivir por mucho tiempo en una vida tan tranquila y honrada. El mismo, al referir más tarde este período de su existencia, solia decir, que su ambicion no quedaba entonces satisfecha; pues los felices resultados que habian tenido todas sus empresas aumentaban su audacia, y le inspiraban el deseo de arriesgarse en nuevas aventuras.

Poco tiempo tardó en amistarse con todos los oficiales del regimiento, y habiéndolos convidado á un gran banquete, les trató como á príncipes; porque Collet tenia formada la idea de probar fortuna en aquella ocasion, sin renunciar por esto al carácter de oficial que consideraba como una especie de salvaguardia para lo sucesivo.

Supo Collet que por aquel tiempo habia en Italia cierta clase de religiosos de la órden de San Agustin, los cuales por bula del Santo Padre eran enviados por toda la cristiandad con objeto de hacer la colecta ó cobranza del diezmo, que casi siempre ascendia á sumas bastante respetables. No aguardó mucho nuestro caballero de industria á poner en plata la idea que le sugiriera esta noticia. Inmediatamente falsificó una bula por la cual aparecia ser nombrado

por el Papa canónigo honorario de San Agustin con autorizacion de colectar y formar un establecimiento religioso de aquella órden en Francia. Al mismo tiempo fingió una carta que hizo creer le remitia su familia, por la que le instaban á que se presentase con objeto de arreglar asuntos de interés, para lo cual era necesaria su cooperacion. Collet mostró esta carta á su comandante quien le dió ámplia licencia; manifestando no hallar reparo en concederla por el tiempo que solicitaba, siendo tan urgentes los negocios para que se le llamaba.

Con el mayor apresuramiento terminó Collet los preparativos de su viaje, habiendo alcanzado antes del coronel el permiso para dos meses; permiso que obtuvo no sin algun trabajo, pues por aquel tiempo eran estas gracias muy raras y difíciles de lograr. Inmediatamente despues de cumplidas estas formalidades, salió de Lorient resuelto á visitar todos los departamentos del Norte. Disfrazado nuevamente con la sotana se presentó á los prefectos y principales autoridades de los pueblos, manifestando que era el designado para formar y dirigir en Francia una nueva institucion religiosa, lo cual acreditaba por medio de sus despachos y autorizacion de colectas. El éxito coronó sus intentos; pues habiendo esplotado los departamentos de Ville-et-Vilaine, L'ome, la Mayenne y algunos más, hizo provision de considerables sumas.

Más tarde pasó á Boloña, en cuyo punto agregó á su depósito una buena porcion de oro procedente de las arcas públicas; pero el sub-prefecto del distrito, sospechando si tal vez aquel reverendo agustino podia ser un ratero disfrazado con hábito, dispuso la prision del canónigo colector. Pero las devotas hijas que cuidaban á la paternidad de Collet previnieron á este la tempestad que estaba próxima á estallar sobre su cabeza, y con tal aviso nuestro astuto ladron tuvo tiempo de ponerse en salvo escapando apresuradamente de Boloña. Apenas se detuvo en la primera posada, vistió un uniforme de comisario ordenador que lucia sin el menor escrúpulo; y derramando el dinero á trueque de conseguir buenos y ligeros tiros de posta, llegó sano y salvo á Lorient donde fué recibido por sus camaradas con el mayor agasajo, toda vez que ni uno solo pudo sospechar el uso que Collet habia hecho de sus dos meses de licencia. Ya pasado el cansancio del viaje, su mayor cuidado fué el preparar un espléndido banquete á todo el estado mayor del regimiento, para cuyos gastos contaba con oro suficiente; pues la cobranza del diezmo en los dos meses, le habia producido sobre 60 000 francos más ó menos.

Hecha pública esta resolucion de Collet todos se esmeraron en felicitarle por su pronto regreso elogiándole el modo con que *hacia las cosas*.

Al principio de la comida, Collet era un escelente amigo; poco despues era un escelente mozo y el compañero más cordial que haya existido; á los postres y ya que las cabezas estaban llenas con los vapores de esquisitos vinos, Collet era tenido y respetado como lo hubiera sido un Dios entre los paganos. Hé aquí justificado aquel axioma que dice: «el hombre en un banquete es un esclavo:» porque efectivamente; la comida lo puede todo, y todo se consigue comiendo.

Cuando nuestro héroe hubo comprendido que los espíritus de sus convidados se hallaban en disposicion de sujetarse á sus miras, entonces se propuso aprovechar la ocasion y sacar todo el partido que le fuese posible.

Una vez meditadas rápidamente las consecuencncias del proyecto que iba á realizar, se dirigió á sus compañeros y les dijo: señores; despues de la bondad que me habeis demostrado felicitándome por mi viaje, es deber mio revelároslo, todo, todo...

—Sí, Sí: hablad, replicaron á una voz todos los concurrentes.

—Pues bien, ya que lo deseais, sabed que la causa primordial de mi viaje ha

sido el designio que tenian mis parientes de hacerme contraer matrimonio...

—¡Bravo, muy bien! Y luego si la novia es admisible...

—Es bonita, y además posee una renta de 12.000 libras.

—¡Magnífico! ¡Ultramagnífico! Eso se llama una brillante proporcion, un premio.

—Lo mismo he creido yo, y en su consecuencia me he resuelto á llevarlo á cabo, lo cual será causa de que en breve me vea en la necesidad de solicitar un nuevo permiso.

—Y bien? repuso el comandante. El permiso se concederá y nosotros bautizaremos al primer tenientillo... ¿he?

A estas palabras siguieron innumerables aplausos; y despues de servido el ponche, la exaltacion de los convidados llegaba á su colmo. Entonces fué cuando todos unánimemente pensaron en que un hombre tan espléndido como Collet, era digno de ocupar los más altos empleos; opinion que agradó sobre manera al comandante, quien habiendo recibido anteriormente por via de préstamo 200 francos que le entregara Collet, aseguraba formalmente que seria un desdoro para el gobierno el retardar la concesion del ascenso á capitan, á un hombre tan guapo, tan generoso y tan honrado... como Collet.

Antes de contar tres meses, ya el astuto aventurero habia preparado una nueva espedicion que segun su cálculo debia ser mucho más lucrativa que ninguna de las anteriores, si bien era la más espuesta y comprometida. En una palabra, Collet queria representar al vivo nada menos que el alto papel de inspector general del ejército, con plenas facultades para organizar los cuerpos de la armada de Cataluña, y poderes ámplios á fin de disponer del dinero de las tesorerias públicas con objeto de cubrir los gastos que ocasionaran las necesidades de aquel ejército imaginario. El fingido inspector general tardó algun tiempo en proveerse de los documentos necesarios, pero al fin logró reunirlos en su poder. En aquella época, Napoleon, dedicado esclusivamente á la guerra del Norte, cuyas provincias eran combatidas por el gran ejército imperial. apenas se acordaba de la España en la que los soldados franceses, eran, no obstante su valor, rechazados con ignominia. Así pues, las circunstancias no podian ser más favorables á las miras de Collet.

Este, ya que lo tuvo todo completamente arreglado, volvió á París donde se presentó bajo el nombre de Cárlos Alejandro, conde de Borromeo, cuyo título se habia apropiado sin el menor escrúpulo, marcando con él sus documentos falsos. En la córte de Francia se hizo vestir el traje propio á su nueva dignidad, y satisfecha esta exigencia, salió inmediatamente dirigiéndose hácia las provincias del Mediodia, fundando su esperanza en su agudo ingenio y en el auxilio de la fortuna que jamás le habia sido infiel.

CAPITULO VIII.

De cómo Collet bajo el título de conde de Borromeo pasa revista á diferentes guarniciones, siendo por último conducido á la cárcel.

Apenas hubo llegado á Valencia el fingido conde de Borromeo, cuando vistiendo su gran uniforme comenzó á desempeñar las funciones del empleo que

él mismo se habia otorgado. dando á conocer su autoridad. A su repentina aparicion en áquella capital, el comandante de armas que no habia recibido aviso alguno anterior de esta visita, manifestó estrañeza y aun resentimiento de que no se le hubiese prevenido oficialmente. Pero Collet, sin abandonar su aire de dignidad, se dió tal maña á satisfacerle, que con sus agradables palabras, y más que esto con sus dulces promesas, logró calmar completamente aquel pasagero disgusto. Una vez conseguido este ligero éxito, Collet presentó el nombramiento hecho á su favor de inspector general encargado de la organizacion del ejército de Cataluña, con ámplios poderes para disponer del tesoro público, y nombrar con libre eleccion los oficiales que habian de formar su estado mayor. Y como para dar valor á su palabra, Collet al tiempo de descender la mano que sin afectacion habia tenido colocada sobre su pecho, dejó ver la gran cruz de la legion de honor, á cuya vista el comandante se inclinó respetuosamente, é inmediatamente dió las órdenes necesarias para que la guardia prestara los honores de ordenanza al señor inspector general, lo que se llevó á efecto rindiendo las armas, y acompañándole el estado mayor á su alojamiento, donde anuncia que al dia siguiente pasará revista á los cuerpos de la guarnicion.

En efecto, á las diez de la mañana del dia prefijado, y seguido de una lucida y numerosa escolta, se presenta en la esplanada de la ciudadela, en cuyo punto se hallaba la tropa formada en órden de parada. Saludado por los jefes superiores y al compás de brillantes marchas, nuestro conde de Borromeo repasa las filas, observando con la mayor escrupulosidad los más insignificantes accidentes. En una de estas observaciones, acordándose de que él mismo se habia dado el derecho de crearse un estado mayor, reparó en un jefe, cuyo rostro tostado y aire marcial revelaban á primera vista al militar de temple. Collet se detuvo ante él y le interrogó:

—¿Cuánto tiempo llevais en el servicio?

—Veinte años.

—De modo que contareis muchas acciones de guerra.

—Ví por primera vez las balas en las campañas de Egipto, y desde entonces acá he faltado solamente á una por hallarme gravemente enfermo.

—Padeceis de algun ataque?

—Unicamente padezco de las heridas recibidas en campaña, que como podeis saber, mi general, no son pocas; aun cuando ninguna me inutiliza.

—Seguidme, pues, os hago teniente coronel y oficial de la Legion de honor.

—A vuestras órdenes, mi general; desde hoy me dedido todo á vuesrra servicio.

Y el valiente veterano, lleno de satisfaccion por la doble merced, quedó completamente conmovido.

No tardó mucho en difundirse por las filas la ocurrencia de esta eleccion. con lo que cada cual, creyéndose predestinado, á trueque de tales ventajas, quisiera ser de estado mayor.

Su excelencia el general Collet eligió de esta manera un capitan y dos tenientes, á quienes convidó á comer, dando por finalizado el acto.

Antes de regresar á su casa tuvo á bien visitar las cajas de fondos públicos, estrayendo de ellos unos 20.000 francos. Con tal principio, fácil es colegir cuáles serian sus mayores presas. En tanto que duró la comida, determinó los puetos y atribuciones que competian á cada uno de los oficiales de estado mayor previniéndoles que al dia siguiente saldrian para Aviñon. Llegados que fueron á este último punto, agregó al estado mayor tres oficiales, aumentando al tota

de la caja 117.000 francos qua halló en las de la ciudad, y sin más detencion tomó la vía de Marsella, acompañado siempre de su brillante escolta.

En Marsella y ante una multitud inmensa pudo Collet lucir de nuevo toda la brillantez de su magnífico uniforme, sus distinguidas condecoraciones y su hermoso estado mayor, pasando una gran revista á la guarnicion, compuesta de dos mil hombres, que presentaban las armas al futuro galeote. Collet agregó seis oficiales más a su comitiva, los cuales se lisongearon bien pronto con la esperanza de algun ascenso, ó cuando menos la merced de ser condecorado con la cruz de la legion de honor. La ciudad entera se puso en movimiento para festejar dignamente al Excmo. Sr. Inspector General, á quien obsequiaron asímismo las bandas de los regimientos, y para que la alegría fuese completa hasta las arcas públicas se le abren, ofreciendo á su vista el espectáculo de 200.000 francos que toma sin el menor escrúpulo.

Habiendo pasado á Nimes halló solamente 30.000 francos, con los cuales muy á pesar suyo se contentó el modesto general... por no haber más. Despues de tres dias salió para Montpellèr, donde hizo su entrada con la serenidad y sangre fria que le eran propias. Acto contínuo las autoridades y personas más notables se apresuraron á rodearle: este tiene que hacerle una súplica; aquel desea impetrar una gracia y todos le agasajan y felicitan... hasta el mismo subprefecto, que se humilla á sus piés como el más necesitado pretendiente. Collet le halaga y colma su satisfaccion prometiéndole el cordon de la legion de honor, en la que será alistado como gran oficial.

Pasó aquel dia empleado por Collet en hacer brillantes promesas, y al siguiente toda la guarnicion se halllaba formada en el campo de Marte, á fin de cumplimentar las órdenes de S. E. el Inspector General. Montpellier entero se agrupaba alrededor de las filas, esperando con impaciencia el momento en que habia de principiar la revista. He aquí que ese momento llega, el tambor mayor hace un gallardo molinete con su gran baston ricamente adornado, y la marcha real tocada por las bandas, y acompañada del confuso rumor de la multitud manifiestan que Collet se ha presentado ante las filas. El mentido general resplandeciendo en fuerza del oro y pedreria de que iba cargado, parecia un príncipe oriental.

Cuando la revista hubo finalizado, el prefecto suplicó al señor inspector le permitiera la honra de acompañarle á comer, favor que dispensó gustosamente el astuto Collet.

La comida preparada en la prefectura fué una verdadera comida de reyes. Cuadrúpedos, aves, peces, esquisitas legumbres, y aromáticos y delicados vinos, todo armoniosamente dispuesto, se halla cubriendo el inmenso mantel adamascado, que adornado con guirnaldas y ramilletes de olorosas flores, trae la admiracion de los concurrentes. Verdaderamente el gasto de este magnífico convite es un furioso ataque hecho contra el presupuesto de gastos de la casa; pero el prefecto halla un consuelo en la recompensa, toda vez que el señor inspector no cesa de repetir á sus oidos estas encantadoras palabras: «Sereis gran oficial de la legion de honor.»

Así pues, la comida es alegre; cruzan los brindis en obsequio del señor conde de Borromeo, y en su obsequio tambien las músicas de la guarnicion festejan el convite con deliciosas y variadas tocatas,

Mas hé aquí que de repente una seccion de gendarmes rodea la prefectura, y un jefe de escuadra seguido de algunos soldados se presenta en la sala del estin donde invocando el nombre del rey, prende al señor inspector genea l, en medio del asombro de los convidados y del terror del mismo Collet.

El fingido conde de Borromeo es conducido á la cárcel, y entretanto el prefecto adivina parte de la verdad, que solo sirve para hacerle sentir la pesada burla de que es víctima. Poco despues de haber salido de Valencia el intrépido Collet, el comandante de armas, que no podia persuadirse de que la mision del inspector general fuese tan secreta, que ni un simple oficio se le hubiese pasado por el ministerio de la Guerra, deseoso de aclarar sus dudas sobre este particular, escribió á París, é inmediatamente que se recibió en el ministerio la comunicacion del comandante, se espidió órden para prender al inspector. Ya hemos visto como tuvo efecto esta prision en medio de la alegría de un espléndido banquete.

CAPITULO IX.

De como Collet disfrazado de cocinero huye de la prision para anudar el hilo de sus interrumpidas aventuras.

Reconcentrando largo tiempo sus ideas, estuvo Collet aguardando á que le registraran; pues á pesar del tiempo que llevaba encerrado, aun no se habia procedido al registro de costumbre, y esta circunstancia, luego que se hubo repuesto de su estupor, le valió la feliz ocurrencia de ocultar entre las suelas de sus botas y bajo el forro del sombrero 100.000 francos en billetes. Pero el prefecto que no podia perdonar á Collet la burla de que habia sido objeto, pensó vengarse de él haciéndole sufrir un humillante sonrojo, presentándole ante las autoridades á quienes tambien habian engañado las apariencias, al fin de un espléndido banquete, y como un objeto de befa y de irrision.

Mas no obstante, el astuto ladron aun corservaba su acostumbrada sangre fria. En un rincon de la estancia á que se le habia conducido halla un cofre; le abre y ve un chaleco redondo, un gorro blanco y un delantal ó mandil tambien blanco perteneciente quizás á algun cocinero ausente. ¡Qué fortuna! Hé aquí mi salvacion, se decia á sí mismo, y despojándose de su traje se viste las nuevas prendas, murmurando la célebre máxima de *audacès fortuna juvat*, coge un plato en la mano, y dando un fuerte puntapié á la puerta, pasa por medio de los gendarmes con el mayor descaro, y adquiere de nuevo la libertad.

Fácil es comprender la rabia del prefecto, cuando al término del festin se le anunció la fuga del prisionero. En el momento se dieron órdenes precisas y determinantes á la policía, que tendió sus redes por doquiera en su busca. Ofreciéronse 6.000 francos al que le presentára, y se practicaron las mas vivas diligencias para hallarle; pero todo era en vano. Collet en tanto dormia tranquilamente en casa de un albañil á quien ganó con oro, y cuya conciencia persuadió por el mismo medio.

Sin embargo, esta situacion no podia prolongarse, y Collet pensó en refugiarse en su regimiento, número 47, al que habia pertenecido. Escribió á sus camaradas, mintió una larga y penosa enfermedad que lo habia detenido largo tiempo en Montpellier, y les anunciaba al par que su restablecimiento su próxi-

ma vuelta. En esta carta tampoco se olvidó del supuesto inspector, y hablando largamente de él, pensaba, y con razon, alejar de sí toda sospecha. En fin, juzgando suficiente el tiempo transcurrido para alejar de sí toda pesquisa, nuestra caballero de contrabando abandona á Montpellier, atraviesa rápidamente les Calenne y entra en Tulle. Apenas llega, cuando olvidado de los peligros que ha corrido, medita nuevas arterías.

En el hotel que se hospedaba vivia tambien un comisionado de la casa comercio de Grenoble titulada de Derranol, cuya voluntad y afecto se grangeó en muy pocos dias, consiguiendo entrar con él en relaciones mercantiles, y que le negociase una letra falsa de 12 000 francos, que no tuvo dificultad en verificar, deslumbrando con el brillante oropel y régio fausto que ostentaba el pretendido millonario. Embolsada esta suma, parte para Lorent, y sus compañeros al estrechar sus manos le daban pruebas de no estinguida simpatía. Pero ¡ay! esos fantasmas de prestados brillos, se eclipsan luego que el motor de sus fuegos desaparece. Estas reputaciones y esas fortunas se derrumban y se desploman al empuje de la mano del tiempo y de la justicia.

Descubierto el engaño, el comisionado de la casa Derranol persigue al falsario por la supuesta letra; lo halla en Lorent, lo denuncia, lo prenden, y encausado nuevamente y conducido á Grenoble lo condenan á cinco años de trabajos forzados y á una hora de exposicion á la vergüenza en la picota. Su familia recibe la noticia de la infamia que ha recaido sobre uno de sus individuos, y á fuerza de oro y en virtud de recomendaciones y activas diligencias, consiguió que el condenado no pasara á galeotes y permaneciese en Grenoble, donde á excepcion de la libertad de nada carecia. Cuatro años habian pasado cuando un viejo oficial, un venerable militar, llegó á visitar el establecimiento penal de Grenoble. Collet habia compuesto parte de su estado mayor con este oficial, y al reconocer al pretendido inspector general, lo denuncia y es de nuevo incomunicado inmediatamente. Algunos dias despues dos gendarmes lo conducen á la sala de declaraciones, siéntase al lado de la chimenea, y poco despues llega el juez y el escribano principiando el interrogatorio.

«Mi horizonte se nublaba horriblemente»—decia Cóllet algunos años despues al narrar este episodio de su vida. Temiendo, como era natural, una sentencia más grave que la de cinco años antes impuesta, invoqué mi génio tutelar y me insdira la idea de quemar mi proceso. La chimenea, á cuyo lado estaba, ardia con una llama viva y roja; los jendarmes estaban uno á cada lado, y yo urgaba las ascuas con las tenazas medio empabonadas. Con esta resolucion me dirigí al juez encargado de interrogarme, y le confesé, fingiendo sinceridad y arrepentimiento que yo era efectivamente el autor de algunos chascos que aparecian en el sumario; pero no de todos; que tenia cómplices, cuyos nombres daria á conocer al tribunal, suplicándole me confiase por un momento el proceso y le marcaría aquellas burlas de que me confesaba culpable; teniendo gran cuidado de asegurarle que contaba con la indulgencia de la córte á favor de mis confesiones.

—Yo me comprometo á ser vuestro defensor, me dijo el juez. Vamos, señaladme los chascos de que os reconoceis autor.

Yo alargué la mano para tomar el legajo: despues de haberme detenido á buscar algunos de mis escamoteos, llamando en mi ayuda á mi audacia, sacudí violentamente á los dos jendarmes que me rodeaban, cayendo á mis pies sillas y guardias. Los papeles habian sido devorados por las llamas; tuve la precaucion de prevenirme con un par de tenazas, con las que impedia que los jendarmes se aproximasen al hogar donde ardia el proceso de mis crímenes. Los

gendarmes repuestos inmediatamente desnudaron los sables; pero ya era tarde el hecho se habia consumado. El juez y el escribano se habian quedado como estátuas en sus sillas; aquel golpe inesperado les habia aterrado de tal modo que no podian articular palabra; fué un *chasco completo*. En el acto se me cogió bruscamente, atándome á la pared de mi calabozo. Tres meses trascurrieron en este estado horrible, hasta que se me sacó de él para seguir la cuerda de presidiarios que debia marchar á Tolon.

CAPITULO X.

De cómo Collet hallándose otra vez entre sus compañeros de armas, es nuevamente preso y procesado por estafador, sufriendo por último la condena en un presidio, de donde salió al cabo de un año.

El largo periodo de un año permaneció nuestro héroe en la cárcel de Galeote, donde se mostró muy resignado, al cabo del cual logró su libertad y fijó su residencia en el pueblo de Pausin, departamento de Ain. Todo galeote despues de cumplida su condena es vigilado por la policía, y hay algunas ciudades en que la autoridad ejerce esta vigilancia con sumo rigor. Las autoridades de Paucin observaron tal conducta con respecto á Collet, que le hicieron su yugo insoportable. Desesperado de las persecuciones de que todos los dias era objeto, huyó provisto de todo el dinero que pudo reunir y marchó á Tolosa, donde encontró el modo de ser admitido entre los hermanos de la doctrina cristiana. El director de aquella santa casa en que Collet depositó una fuerte cantidad de dinero, trataba al bandido con las mayores atenciones. Seis meses hacia que se encontraba en aquel asilo del cual no pensaba salir en mucho tiempo hasiendo propósito de reparar sus crímenes, por medio de una penitencia y observando una conducta sin tacha. Un dia tuvo un encuentro que hizo cambiar del todo su propósito; un tal Baudin que habia conocido en las cárceles de Montpellier, le reconoció. Collet le hizo callar á fuerza de oro, Baudin aumentaba sus exigencias, de modo que nuestro héroe no tenia ni encontraba más recurso que la fuga. Teniendo que dejar á Tolosa, determinó dejar la ciudad por no fugarse con *las manos vacias*. Fingió nuestro astuto ladron una carta en que se anunciaba el envio de 100.000 francos, producto de la venta de una de sus propiedades. Los directores de la doctrina cristiana preguntaron á Collet en qué pensaba emplear aquella cantidad tan enorme, á lo que respondió que sus intenciones eran comprar una finca en beneficio de la órden, y en agradecimiento de haberle admitido en el número de sus religiosos. Los buenos hermanos le abrazaron y dieron gracias al Señor, bendiciendo el dia en que abrieron las puertas de su casa á un hermano tan bueno y que tan inmensos sacrificios hacia por el bien de la órden.

Algunos dias despues Collet, habia combinado sus planes; fué á visitar al

notario Mr. Payant, le informó de su peticion y proyecto, preguntándole si sabia de alguna posesion para establecer un noviciado en aquellos alrededores. Mr. Payant le indicó una casita en el término de Cugnaux, perteneciente á Mr. Lajus. El notario se avistó con el propietario y convinieron en el dia y hora en que irian á visitar la posesion. Collet notició el resultado de esta diligencia á los directores que prometieron acomparle á la visita.

La finca convenia perfectamente al objeto para lo que la querian destinar. Despues de celebrada la escritura fueron remitidas las llaves al nuevo propietario. Collet retiró los fondos y joyas que habia puesto en poder de sus hermanos; los directores le dijeron que no solo podia disponer de lo que cedió á la comunidad, sino de todo cuanto esta poseia, entregándole al mismo tiempo las llaves del arca del dinero que colocaron en su celda. Al otro dia escribió Collet á Mr. Lajus rogándole tuviese la bondad de pasar á visitarle. Llegado que hubo le manifestó la imposibilidad de satisfacer el importe de la finca hasta fines del mes. Estando en esta conversacion entró el ecónomo á pedirle fondos para los gastos ordinarios del establecimiento. Collet sacó del arca 1.200 francos y se los entregó. Viendo todo esto Lajus, exclamó sonriéndose: ¿sois, pues, el tesorero de la comunidad?

—Sí, me han honrado con este nuevo cargo, y os aseguro que hubiera deseado haber recibido más fondos, pues me encuentro con alguna estrechez.

—Si eso es verdad, aun conservo en mis arcas algunos miles de francos que pongo á su disposicion. Collet aceptó y recibió de Mr. Lajus 30.000 francos, como préstamo; al conde Lerpinsas le pidió 20.000, á la condesa de Gruerre 5.000 á Mr. Bersanal, médico de la casa, 3.000, y así reunió hasta 74.000.

Un dia despues del último empréstito, Collet desapareció de Tolosa, llevándose 74.000 francos.

CAPITULO XI.

De cómo la muerte es el FINIS CORONAT OPUS *de todos los humanos propósitos.*

Salido que hubo de Tolosa, presentóse Collet en Rochebacour bajo el nombre del conde de Golo, alquiló un habitacion amueblada en casa del comisario de policía Mr. Gataud, mostrándose generoso con todos, y repartiendo abundantes limosnas. El sagaz ladron manifestaba á todo el mundo que su intencion era fijar su residencia en aquel punto, para lo cual pensaba comprar algunas fincas. Al momento se le presentaron hermosas propiedades; pero el señor conde de Golo no compró más que un castillo, asegurándole al propietario que abonaria su importe en todo el mes, quejándose amargamente de su banquero, del abandono en que le tenia por no remitirle fondos, á quien le habia escrito con este objeto; y que tendria que negociar algunos valores que hubiera deseado conservar en cartera. En un momento llovieron sobre él mil ofrecimientos, que nuestro conde no quiso rehusar, y ved aquí al ladron recibiendo nuevamente de infinidad de personas diversas cantidades que él guardaba bonitamente en su maleta. Del cura recibió 500 francos, del alcalde á cuyo hijo protegia, 3.000, de un propietario llamado Mr. Lebrane 7.000, de Mr. de Ma-

nuel 6.000, y 100 luises por último del comisario de policía, cuya casa habitaba. Hecha esta recoleccion, su excelencia desapareió riendo á más y mejor de estas *inocentes burlas* que acababa de dar á las que se proponia añadir otras tan pronto como se le presentase ocasion.

Collet llegó á Maus, pátria de los más astutos rateros: poca variacion hizo en su persona de conde de Goto, se trasformó en conde de Gallat; y con este nuevo titulo se presentó en aquella poblacion, en la que poco despues habia de caérsele la máscara. Apenas llegó se instaló en una suntuosa habitacion, se rodeó de un número considerable de criados, repartió limosnas numerosas, y compró algunas fincas sin reparar en el precio. Pronto adquirió infinitas relaciones, tenia además muchos miles de francos, y crédito sobre propiedades; esto, como se deja facilmente comprender, le daba mucha importancia. La primer finca que más agradó al señor conde fué la Chouanais que pertenecia á Mr. Duronceret. Cerrado que fué el trato, el propietario rogó á Collet que conservase á los arrendadores, atendiendo su honradez y su celo por el bien de la finca. El señor conde no tenia motivo para obrar de otro modo, y accedió al ruego de Mr. Duronceret. Pasados que fueron algunos dias, trató de la venta de aquella propiedad con Mr. Trolart-Gabaut, joyero, á quien se la enagena en cambio de diamantes; no satisfecho con haber vendido una finca que aun no habia pagado, vende al mismo joyero unas tierras que no existian sino en la imaginacion de Collet. Este hecho que parece increible y que nosotros no nos atreveriamos á estamparlo en este lugar si no resultase probado en las justificaciones, de cuyas resultas nuestro héroe fué enviado por segunda vez á la carcel de Galeotes, de donde no debia salir mas.

En Maus como en Tolosa, como en todas partes, Collet empezaba por prodigar el oro á su alrededor.

El objeto de estas solicitudes del bandido eran los pobres, y esta especie de *aureola* de algunos beneficios hábilmente distribuidos, con que le habian coronado, le libró algun tiempo, pero llegó un dia en que la justicia divina habia de mostrarse propicia hácia aquellos seres á quienes tan hábilmente habia escamoteado. Collet supo que circulaban rumores sobre él en la ciudad; sin pérdida de tiempo compró un carruaje y caballos que paga con un billete firmado por conde Gallet, y á la media noche, con los abundantes productos de sus raterias dejó aquella ciudad; pero todo fué inútil: la policía le persigue con ardor, hasta que por fin cae en su poder, conduciendole á Maus y encerrándole en una prision.

El velo que ocultaba á aquel miserable se descorrió con la sumaria que hubo que formarse al bandido: entonces se vió tal como era á Anselmo Collet. Súpose su decision, su fuga del convento de misioneros, sus escamoteos de Nápoles, de Roma, de Valencia, de Avignon, de Nimes, de Montpellier, de Tolosa, de la Rochebacour y de Maus.

Llegó por fin el gran dia de los debates. Collet no negó nada de sus declaraciones, confiesa sus crímenes, mostrándose arrepentido para implorar la piedad de sus jueces, pero los jueces inflexibles necesitaban un ejemplo. El tribunal observó que eran demasiado numerosos los crímenes de Collet, habiéndo perseverado en ellos demasiado tiempo para que desconociese la necesidad de imposibilitarle para que en adelante no pudiese cometerlos. Habia además reincidido, y este hecho debia agravar su condena. Por último, Collet fué condenado á veinte años de trabajos forzados, y espuesto por segunda vez en la picota, á la vergüenza pública. Despues fué conducido á la cárcel de Brest.

Por espacio de cinco años su prision fué tolerable, pues con su dulzura ana

tente, se habia captado la voluntad de sus superiores. Por su desgracia un dia le sorprendieron unas cartas que habia recibido de fuera, sin que tuviese noticias de ellas la autoridad.

De resultas de este contratiempo, y por haber faltado á los reglamentos, fué trasladado á la cárcel de Rochefort.

Segun dice el mismo Collet en una relacion de este penoso viaje, no tuvo motivo mas que para elogiar á la gendarmería; cuando llegaron á las puertas de la ciudad salió á recibirlos un ayudante encargado de la cárcel, cuya hermosa figura causó una impresion muy grata á Collet. El cuartel-maestre echando pié á tierra, dijo señalando á nuestro héroe:

—Este hombre no es tan criminal como se pretende.

—Tanto mejor, exclamó el ayudante; sin embargo, ponedlo en lugar seguro.

La ciudad de Rochefort se puso en movimiento para ver á Collet; su fama le habia precedido, fué necesario usar del rigor para abrir camino á Collet por entre los grupos del pueblo que en revueltas oleadas estorbaban el paso. Collet estaba acostumbrado á estas *ovaciones*, aunque no sin esperimentar cierto sentimiento de religion á las curiosas miradas de la multitud. Tal es nuestra miseria; el mal del prójimo nos divierte, y si casualmente la vista de algun galeote se fija en la nuestra, tenemos un momento de sensibilidad y de compasion hácia aquel desgraciado, pero bien pronto nosotros mismos sabemos apartarnos de ella con esta reflexion:—Quien la hizo que la pague; él se tiene la culpa!!!

Y vemos la cárcel que baña sus deformes pies en las olas. El preso suspira mejor en su encierro, aunque su situacion es la misma: el arrepentimiento y la paciencia le ayudarán á soportar su rigor.

El comisario recibió á Collet en su despacho, y lo entregó en seguida al ayudante que le habia salido á recibir, diciéndole:

—Haced lo que os he ordenado.

Una órden tan terminante y enérgica desconcertó á Collet.

¿Qué van à hacer? Porque ellos lo pueden hacer todo... Reflexionó el bandido, ¿habrán imaginado festejar mi instalacion con una paliza de mano de maestro?.

¡Quién sabe! dejémosles hacer!

¡*El cordero ofrece su cuello al tajo, y el esclavo las espaldas á su señor!*

Hé aquí lo que habia pasado.

Se sospechaba que Collet tenia los diamantes de la corona y por asegurarse de ello se le registró escrupulosamente en un rincon del vestíbulo. Concluido el registro se le encerró en el calabozo núm. 2.

Los calabozos están dispuestos de manera que los huéspedes que han de habitarlos puedan oir todo lo que los jefes hablan, por cuya razon saben los presos los más grandes secretos. ¡Esto á lo menos es una compensacion!

Hé aquí la que tenian dos celadores, y que Collet escuchó sin perder una palabra.

—¿Llegó el obispo?

—Llegó, y si viéras lo gordo que viene y lo medrado; pero no temas, que cuandohayan pasado algunos años por él en estos encierrosno estará tan rollizo.

—¿Y dónde lo han llevado?

—Al calabozo.

—¿Pero qué ha hecho?

—Nada.

—Nada, ¿pues por qué le encierran?

—Porque aseguran que tiene en su cuerpo todos los diamantes de la corona.
—Y cuándo saldrá?
—Cuando los restituya.
Un instante despues oyó Collet al ayudante de la víspera que decia:
—Se ha abierto el calabozo á ese hombre?
—No.
— Pues que no se abra sin mi presencia.
—Basta.
El ayudante no tardó en volver. Hizo algunas preguntas sobre Collet, y dirigiéndose al bandido le preguntó cómo se encontraba.
—No muy bien, le contestó Collet, y extraño mucho este trato cuando en nada he faltado á los reglamentos. Conducidme ante el comisario...
—Nada más fácil...
Y el ayudante desapareció, cerrando la puerta tras de sí y dejando á Collet esperándole.
El consuelo empezó á penetrar en el corazon de Collet, cuando el 25 de Diciembre, quince dias antes de cumplir su condena, fué atacado de una grave enfermedad que le habia de conducir poco despues al sepulcro.
Collet, que veia reflejar el sol de su libertad en la cadena, quiso luchar con la muerte; ¡pero era lucha desigual! debia morir, y murió. La venganza divina le alcanzó.
Las últimas palabras de Collet fueron estas:
«Un solo pesar me acompaña al bajar al sepulcro. El pesar de morir galeote.»
Tal fué la vida de Collet... tal fué su muerte.
Al decir estas palabras aquel hombre audaz, aquel hombre sin temor ni vergüenza á todo lo de este mundo, cerró los ojos para no volverlos á abrir jamás.



FIN.











